

Antonio Rodríguez Huéscar y José Ortega y Gasset: tres cartas

Antonio Rodríguez Huéscar and José Ortega y Gasset: Three Letters

José Emilio ESTEBAN ENGUITA Y JOSÉ LASAGA MEDINA

Universidad Autónoma de Madrid y Universidad Nacional de Educación a Distancia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.11>

Resumen:

El objetivo principal de este artículo es comentar las cartas que se enviaron Antonio Rodríguez Huéscar y José Ortega y Gasset entre 1942 y 1943. Dichas cartas se incluyen en el artículo.

Palabras clave: cartas, Antonio Rodríguez Huéscar, José Ortega y Gasset.

Abstract:

The principal aim of this paper is to comment on the letters which Antonio Rodríguez Huéscar and José Ortega y Gasset sent each other between 1942 and 1943. The above said letters are included in the paper.

Keywords: letters, Antonio Rodríguez Huéscar, José Ortega y Gasset.

Entre 1942 y 1943, Huéscar y Ortega se envían tres cartas: dos el primero, que inicia el intercambio epistolar, y una el segundo. La apurada situación vital de Huéscar y su conocimiento de que Ortega ha llegado a Portugal de su exilio americano, de que el «maestro» se encuentra en una cercanía que se le antoja decisiva, le impulsan a comunicarse con él, a escribirle para recibir consejo, ayuda, ánimo, tomándole como un «áncora de salvación». Las cartas de Huéscar, sobre todo la primera, son testimonio de la difícil circunstancia de su vida en la inmediata posguerra, habiendo perdido casa y biblioteca en Madrid, también la posibilidad de ejercer como profesor de bachillerato, tal y como le correspondía por haber sacado con brillantez la oposición recién licenciado en 1936, y, en definitiva, la Guerra Civil. Hacerlas públicas y co-

mentarlas nos parece una contribución pertinente para conocer mejor la trayectoria intelectual de Huéscar y, en general, para aportar una pieza más al puzle de la historia de la llamada «Escuela de Madrid», en cuyo estudio estamos embarcados desde hace algunos años¹. Con tal fin, comentaremos en primer lugar la correspondencia mencionada y, a continuación, reproduciremos, anotado, el texto de las tres cartas.

1. Sobre la comunicación epistolar de Huéscar y Ortega

Antonio Rodríguez Huéscar, manchego nacido en Fuenllana (Ciudad Real) el 13 de abril de 1912, comienza la carrera de Medicina en 1928 en el Hospital General de San Carlos de Madrid, estudios que abandonaría muy pronto, no acabando siquiera el primer año de esa licenciatura. En este momento, la seducción de la filosofía fue tan fuerte que le impulsó a realizar el bachillerato de letras para poder matricularse en Filosofía, en octubre de 1930, en la universidad madrileña. Curar esa carrera hace posible el encuentro con Ortega, que marcará en adelante su existencia. En un aula del Pabellón Valdecilla del Caserón de San Bernardo oíría por primera vez al maestro en 1931. A partir de ese momento, y a pesar de todas las dificultades impuestas por las circunstancias posteriores, la devoción a Ortega condicionará en sentido fortísimo su existencia y su evolución filosófica, pues albergaba «la convicción de que Ortega representaba la verdad de nuestra hora y de que en él estaba la clave de nuestro destino»². Toda su vida, desde aquel encuentro en 1931, sería «fiel» a Ortega, y su discípulo, sin ocultarlo, a pesar de las circunstancias adversas a que se enfrentaban aquellos que asumían públicamente esa condición discipular³. Así lo expresa Huéscar en la primera de sus cartas: para ellos fue el maestro por antonomasia y para el filósofo manchego ser discípulo de Ortega estaba desde entonces «incorporado» a su vida hasta tal punto que ya no podía, aunque hubiese querido, desprenderse de esa condición.

Junto a Ortega, hubo algo más que marcaría su espíritu y potenciaría su vocación filosófica, una experiencia cuyos frutos quedaron destruidos por la Guerra Civil. Huéscar tuvo, a su entender, el privilegio de formarse con un grupo de profesores excepcionales, bajo un plan de estudios en Filosofía renovador pensado por Ortega y García Morente y ejecutado por este último, decano a la sazón de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, entre los que estaban, además de aquellos, Xavier Zubiri y José Gaos, entre otros. Por añadidura, también tuvo la fortuna de compartir la experiencia filosófica de aquellos años con unos compañeros excepcionales, discípulos como él de Ortega, como María Zambrano, Manuel Mindán, Julián Marías, Manuel Granell y Paulino Garagorri. Para Huéscar, la sección de Filosofía de la citada Facultad constituía el núcleo «de la primera escuela propiamente española de filosofía: la que después habría de llamarse la Escuela de Madrid»⁴. Sin embargo, las tempestades de acero

¹ Este trabajo se enmarca dentro de nuestra investigación en el Proyecto *La «Escuela de Madrid» y la búsqueda de una filosofía primera a la altura de los tiempos* (FFI2009-11707).

² Rodríguez Huéscar, A., *Semblanza de Ortega*, Barcelona, Anthropos/Diputación Provincial de Ciudad Real, 1994, p. 57.

³ Circunstancias que se mantendrían para Huéscar, aunque con otras connotaciones, tiempo después de la posguerra. En la carta dirigida a José Antonio Maravall, explicándole por qué rehusaba a participar con un artículo sobre el maestro en el proyecto de una publicación conmemorativa del decenario de su muerte, escribe lo siguiente: «Pero, por otra parte, cuando se comprueba la malevolencia o el menosprecio [...] que suscitan en ciertos medios y personas la destacada adhesión a Ortega o la estricta dependencia discipular de él, cuando se advierte, digo, esa malquerencia y hostilidad, uno pensaría que ser orteguiano en España constituye el más nefando, vitando y abhorrendo delito» (*ibid.*, p. 137).

⁴ *Ibid.*, p. 77.

que azotaron España entre 1936 y 1939, y la victoria del «bando nacional», arruinarían el tejido de relaciones personales elaborado en aquella Facultad, y destruirían el proyecto institucional de una genuina escuela filosófica. Exilio, ostracismo, dispersión, soledad, era lo que el futuro les tenía reservado a casi todos ellos. Huéscar se lo señala con claridad a Ortega en su carta inicial: su aislamiento y soledad en Tomelloso, una «colonia de vinateros», un pueblo grande pero «extremadamente inculto», era un factor no menor de su depresión anímica. Aun así, tampoco en aquellos años estaba en Madrid la solución, porque era un hecho la dispersión física y social de los que antaño estaban unidos por vocación, formando un grupo que logró vivir por breve tiempo bajo una saludable y vigorosa atmósfera intelectual. Por ello en la respuesta de Ortega a Huéscar, que por encima de todo pretende, si no darle esperanza, sí infundirle ánimos, el filósofo madrileño le dice que para construirse uno una «normalidad» en un entorno caracterizado por la indiferencia, cuando no por la hostilidad y dureza, es menester, además de conseguir una ocupación que le permita ganar el pan para él y los suyos y vivir con ese mínimo material que requiere toda vida digna, gestar de nuevo el tejido de relaciones y la atmósfera intelectual destruidos por la guerra entre españoles. Se precisaba con urgencia comenzar a rehacer la convivencia para romper con la tendencia a la dispersión de las amistades y la ruptura del diálogo intelectual y filosófico.

El efecto de la carta de Ortega en Huéscar fue tonificante: en su respuesta, el filósofo manchego le reconoce al madrileño que su lectura había sido suficiente «para sentirme beneficiado y optimista». El aliento de las palabras del maestro palia en parte el sufrimiento anímico del discípulo. Los consejos que le da son juiciosos y acertados, sin embargo de cuasi imposible realización si se atiende a la situación en la que se encontraba: por un lado, asegurarse el *modus vivendi* como profesor en Tomelloso «una actividad que al fin y a la postre le resultó más onerosa en tiempo de lo que él pensaba», le suponía lo peor de todo, un «aislamiento casi absoluto» y una posición existencial sometida a un «ambiente extremadamente grosero y cerril que hay que respirar»; por otro, significaba la imposibilidad física de participar en la reconstrucción de la urdimbre de relaciones que había sido rota y que solo podía recuperarse desde Madrid, pero no desde su «destierro» en un pueblo de Ciudad Real. Pronto regresaría Huéscar a Madrid, donde podría de nuevo trabajar en el sentido que le había indicado su maestro: en 1945, y durante una década, se ganaría la vida dando clases en el Colegio Estudio, una rara excepción en las instituciones educativas franquistas, porque, aun siendo un colegio privado, ofrecía en la capital de España una educación laica y liberal, heredera de los principios de la Institución Libre de Enseñanza, que fue sorprendentemente tolerada en los años de la posguerra del régimen de Franco. Entre otros, tuvo como alumno a Javier Muguerza, para quien sus rasgos característicos como profesor son la probidad intelectual y el «ejercicio de libertad» en la relación entre el docente y el discente, infrecuente en la enseñanza de filosofía de aquellos años⁵.

«Volviendo a mí, atravieso ahora una crisis especialmente aguda de perplejidad y hasta de desconfianza en mí mismo. Necesito hacer algo...». Esto le dice Huéscar en su primera carta a Ortega, desnudándose en ella, yendo más allá, si nos atenemos al tono de su escrito, de los límites marcados por la relación entre el maestro y el discípulo, pidiéndole un consejo y ayuda de «hombre a hombre», es decir, como «amigo». De ahí el carácter íntimo y fuertemente sentimental del texto, de ahí la impronta «desarbolada» de la carta, por la que en su

⁵ Cfr. Muguerza, J., «Prólogo», en Rodríguez Huéscar, A., *La innovación metafísica de Ortega. Crítica y superación del idealismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 12.

final no le queda otra que pedir perdón al maestro. Sin embargo, ante la desesperación vital de Huéscar y la confianza que tenía en Ortega, ese tono se le impone de manera inevitable. Un grito de socorro, una petición de ayuda, sobre todo, de unas palabras que le permitan recuperar la confianza en sí mismo: tal cosa representa esta primera misiva. Más aún: desnudar su alma, confesar su falta de entereza y dar palabra a una terrible duda sobre sí mismo se nos aparece como su motivación fundamental. Entre la Escila de la «debilidad» y la Caribdis del «vértigo», la navegación de Huéscar, filosófica y vitalmente hablando, se encontraba al borde del naufragio. Metáfora de rendimientos muy queridos para Ortega, pues expresa con precisión la contingencia de la condición humana, la experiencia del naufragio, rodeado de pecios y habitando una isla marcada por la precariedad, es un referente excelente para expresar aquello a lo que se enfrentaba el filósofo manchego, sintiéndolo como inminente. Huéscar no es un héroe, si hablamos en términos espirituales –los denuados filosóficos–, pues no se puede sobreponer al «horror». Ha quedado paralizado, en «suspense». El trauma que le supone la guerra y la derrota arruina su pensamiento y también su vida. Esta la conserva, en ese sentido es un afortunado, pero viviría como un «animal perseguido», arrojado al desierto de la derrota sin los paraguas protectores que otros tuvieron la suerte de disfrutar. La violencia padecida y el miedo de la amenaza omnipresente del vencedor quiebra la entereza de su espíritu y saca a la luz su aparente carácter débil, desencadenando en él un sentimiento de culpa por no estar a la altura de tan terribles circunstancias. Al «descenso» y la «depresión» que tal situación vital implica, Huéscar añade, en la vivisección que lleva a cabo de su intimidad ante Ortega, una sensación aún peor por las consecuencias paralizantes para quien la sufre: «vértigo». Se siente, impotente, como un pelele zarandeado por las fuerzas terribles y las conmociones destructivas del «vulcanismo histórico» que le ha tocado padecer. Su existencia declinante es atravesada por la desmoralización, por la debilidad de su voluntad para afrontar la calamidad personal y general, por la apatía intelectual que le condena a la postración filosófica. Su ser deprimido, además, carece de suelo en que sostenerse, de un pie firme en que apoyarse, sin el cual se hace inviable un genuino proyecto de vida. Si el verdadero filósofo es una suerte de funambulista, que asume el riesgo de aceptar el envite del pensamiento sobre ultimidades, entonces vivir bajo la égida del vértigo es un mal negocio. Huéscar lo sabe, y alberga sobre sí la lacerante sospecha de haber franqueado la puerta de la casa acogedora en la que gobierna la «inautenticidad». La escisión que se agranda entre lo que hace y lo que la voz de su interior le dicta que debe hacer es síntoma inconfundible de la severa crisis existencial por la que pasa.

La índole de la crisis que padece, responsable de la inercia que atenaza su espíritu, en la que se conjuran depresión, debilidad y vértigo, es expuesta de forma meridiana por el filósofo manchego en esa amarga confesión al maestro que representa la primera de las dos cartas: «Llego a dudar hasta de si tendré auténtica vocación filosófica, puesto que he llegado a los treinta años sin la fuerza suficiente para sobreponerme a los acontecimientos, vencer su influjo perturbador y practicar, *por encima de todo*, el heroísmo de pensar [...]. Esta gravísima sospecha es como un veneno para mí». Abundará en lo mismo líneas más adelante: «este comportamiento mío, negativo, a lo largo de estos años, ¿no podría considerarse un criterio de cierta seguridad para juzgar de la autenticidad de mi vocación intelectual? Porque esto es lo importante: cuando he dejado de ser un puro haz de reacciones biológicas defensivas, me he movido más en la órbita de vivencias estéticas y aun místicas [...] que en la de las puramente intelectuales». Con estas palabras Huéscar presenta a Ortega el meollo del asunto, el motivo fundamental de su carta y la necesidad de hacérselo saber a su maestro: la duda corrosiva y

angustiosa sobre su vocación filosófica. ¿Se había engañado al respecto? ¿Había fiado su formación, su trabajo, los últimos diez años de su vida, a un espejismo? ¿Habíase creído ser o más bien poder ser un filósofo y ahora caía en la cuenta de que tal cosa estaba por completo fuera de su alcance? Aunque las circunstancias eran y habían sido atroces, anómalas sin duda, evidentemente patológicas, ¿eran su laxitud intelectual y su fragilidad como filósofo fruto de una coyuntura insuperable que con brutalidad se impone no dando opción al pensamiento? ¿O fruto de la insuficiencia o de la apariencia de esa llamada proveniente de su interior que responde al nombre de vocación, en este caso filosófica? Quizá, su fondo insobornable como filósofo era tan solo una ilusión que se había forjado y que ahora, en la monstruosa excepcionalidad en la que se encontraba inmerso, se le revelaba como tal. Como estrategia vital, la respuesta estética o mística de Huéscar cuando las cosas vinieron muy mal dadas no podía por menos que intensificar la sensación de inseguridad en lo tocante a su vocación filosófica. No estaba seguro de su criterio ni de su «instinto», ni confiaba en lo que surgía de su «interioridad». Necesitaba una confirmación externa, el juicio de alguien capacitado para evaluar su situación y afirmar o negar aquella vocación. La ayuda salvadora solo podía provenir de Ortega. Por ello se confiesa de este modo con su maestro, esperando que sus palabras disipen sus dudas sobre sí mismo.

En su respuesta, Ortega le hace ver a Huéscar que en los tiempos que han vivido y viven lo anormal es lo normal, la excepcionalidad se convierte en regla, la resistencia de la circunstancia al quehacer propio del «yo» movido por la vocación intelectual se vuelve casi todopoderosa. Desde 1936 la atmósfera se vuelve irrespirable para quien quiere hacer de la filosofía no solo ni principalmente un medio de vida, sino el eje de un entero proyecto vital. Más aún para los «perdedores» de la guerra desde 1939: las purgas y la ausencia de la libertad, el miedo y el servilismo ideológico y confesional, entre otras cosas que se pueden mencionar y que son de sobra conocidas, convierten el mundo social en mordaza y veneno para todos aquellos que fueron estigmatizados como «traidores a la patria» y para otros muchos que no accedieron a convertirse en súbditos del Régimen y en voceros o simplemente consentidores del nacional-catolicismo. ¿Qué delicada planta puede crecer y no llevar una existencia raquítica o perecer con rapidez bajo las atroces condiciones de un clima semejante? Si se conoce la prematura destrucción de las llamadas «Escuela de Madrid» y «Escuela de Barcelona», el exilio de tantos nombres que no es necesario citar y la aniquilación de las condiciones que parece que habrían hecho posible el desarrollo de una vigorosa filosofía en España a la altura de los tiempos, la pregunta ha de mudarse forzosamente en retórica. Después de llamar la atención sobre el hecho predominante en su época de que la anormalidad haya logrado alcanzar el estatuto de lo normal, Ortega responde a las incertidumbres que torturaban a Huéscar: «Por ejemplo, suponer usted que no tiene uno ni vocación ni temperatura de alma porque no ha reaccionado sino con desánimo, estupefacción y retraimiento me parece un completo error. Esa reacción es la natural». El maestro conocía bien al discípulo, como la trayectoria posterior de este confirmaría: el problema vital del filósofo manchego no se encuentra en la falta de vocación o en una interpretación equivocada de esta, sino en la brutalidad de las horas que les ha tocado vivir. Estas palabras son las que Huéscar necesitaba oír de Ortega y no de cualquier otro para recuperar la confianza en sí mismo y arrinconar la dolorosa duda sobre su vocación filosófica. El efecto salvador se produjo, pues la misiva del filósofo madrileño —escribe Huéscar en la tercera carta— «me colmó de alegría y esperanza, con lo cual creo que ha cumplido plenamente su finalidad primordial». Mucho tuvo que poner de su parte para sobreponerse a la circunstancia y encauzar una vocación que, no sin dificultades, se iría abriendo paso

en su existencia y marcaría el rumbo de su proyecto vital. Pero la fuerza de la llamada de la filosofía estaba ya allí, como bien se percató Ortega cuando le tuvo como alumno. Vocacionalmente, Huéscar era un filósofo y, por añadidura, un filósofo orteguiano.

Su vida, después de estas cartas y hasta su muerte, nos da una y otra vez testimonio de su pasión filosófica: el Colegio Estudio, la Universidad de Puerto Rico, el regreso a Madrid y su desempeño profesional como profesor de Instituto, y todas sus publicaciones a lo largo de estos años. Sin embargo, las pérdidas y las heridas profundas fueron muchas en este periodo «negro», tantas que en cierto sentido se le presentan a Huéscar como irreparables: un tiempo irremisiblemente perdido que además lastraría el desarrollo filosófico de Huéscar, que no podría culminar, al menos, uno de sus proyectos filosóficos capitales que implicaba ir más allá de Ortega a partir de una intuición suya. Se trataba de la intención de constituir una lógica del pensar ético, que solo quedaría esbozada en *Ethos y logos*⁶. Aunque le concede la razón al maestro cuando este le argumenta que solo el futuro, en el caso de que realmente le quede a uno un futuro por vivir, podrá determinar si efectivamente hay pérdida en algún lapso del tiempo vivido, sin embargo el discípulo sabe de alguna manera, tiene el presentimiento a nuestro juicio acertado, pues conocemos el decurso de su vida entera, de que la magnitud de la ruina y del daño de esos años, así como las consecuencias que tendrán en los venideros, significaban para su existencia una especie de interrupción, de hiato, calificado como «patológico» y presidido por el «vacío», de un resto de la quiebra que nunca más podrá ser recuperado. Pensamos que el escepticismo que manifiesta Huéscar a Ortega en la tercera carta sobre la posibilidad de una recuperación íntegra, o siquiera suficiente, del tiempo perdido, se confirmaría en gran medida en los avatares de su vida posterior. No se podían restañar todos los tajos producidos en aquel tiempo nefasto.

Que la llama filosófica no se había apagado en Huéscar, a pesar de la escasez de oxígeno en el ambiente, lo prueba el final de la primera carta, en el que el filósofo manchego hace una consulta «profesional» a su maestro sobre la tesis doctoral en la que está pensando. De las incertidumbres sobre su vocación filosófica a las dudas y cuitas sobre su futura labor en el doctorado. Los obstáculos externos los tiene presentes: la pérdida de herramientas imprescindibles –biblioteca personal, trabajos, apuntes, notas, etc.–, la falta de tiempo y de energías para acometer un trabajo de esa naturaleza, debido, entre otras cosas, a la necesidad de garantizar materialmente su vida y la de su familia, y la esclerosis del doctorado en España. Sin embargo, el fundamental, de granítica resistencia, se encuentra en estas palabras: «Yo nunca acabo de explicarme bien por qué un licenciado español puede hacer su tesis sobre Hegel, Husserl o el P. Gaty y no sobre su filosofía». Al marasmo espiritual que padece Huéscar hay que añadir una radical hostilidad del medio académico: el cinturón sanitario que la universidad española de ese momento impuso en torno a la filosofía de Ortega. Del apestado no se permitía hablar, menos escribir una tesis. Aun así, el discípulo lo tiene claro y toma una decisión que marcará todo su futuro como filósofo: conocer el pensamiento de Ortega. La labor de estudiar a fondo y sin límite de tiempo su obra es para Huéscar «la más auténtica a que hoy puedo entregarme, como aquello que me siento llamado con más fuerza y como la base previa para mi ulterior vida intelectual». No podía ser de otro modo, pues el filósofo manchego reconoce, por un lado, que lo que más le interesa «apareciéndosele como una necesidad urgente» es profundizar en la filosofía del maestro, y, por otro, que cualquier meditación filosófica que emprende acaba con ideas sobre el asunto de Ortega o vinculadas al pensamiento de Ortega: «Es algo,

⁶ Rodríguez Huéscar, A., *Ethos y logos*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la UNED, 1996.

por consiguiente, de vital importancia para mí el tratar, de una manera seria y definitiva, de ponerme en claro con su pensamiento, tanto más cuanto estoy casi seguro de que la meditación, el estudio a fondo de su filosofía es algo que yo no he hecho todavía y que, en general, está por hacer». Sin duda, aunque con tardanza, a causa de la resistencia de la circunstancia, llevaría a cumplimiento su decisión: en 1961 defiende su tesis doctoral, titulada *El problema de la verdad en Ortega (Verdad y perspectiva)*, dirigida por José Luis López Aranguren⁷.

Hay que añadir, para terminar, que Ortega no solo fue el objeto de estudio de su trabajo de doctorado, sino que también se convierte en la referencia indiscutible de toda su actividad filosófica, que se circunscribe a una misión derivada de un discipulado plenamente asumido: «salvar» el pensamiento y la obra del maestro⁸. Tal misión salvadora significaba para Huéscar profundizar en las ideas de Ortega y además desarrollarlas, y matizarlas o corregirlas si fuera preciso. Por «profundizar» ha de entenderse «desvelar», aclarándola, la urdimbre conceptual de su pensamiento mediante una interpretación ajustada caracterizada por la precisión y el rigor. No es pues repetir, como si fueran canciones de organillo, los conceptos y las fórmulas lingüísticas en las que se expresan; ni glosar sus nociones fundamentales, ni comentar ni resumir, con exquisito mimetismo, sus textos. Interpretar, de verdad, es sacar a la luz tanto significados oscuros o no suficientemente claros como relaciones entre conceptos que no son en principio evidentes. La interpretación es una reapropiación activa y no repetitiva, que introduce profundidad y visibilidad a una perspectiva filosófica mediante una sistemática y rigurosísima disección analítica y reconstrucción de índole sintética. Tal cosa es «encarnar» y recrear, vivificándolo, un pensamiento o una filosofía. Y esto es lo que pretende y consigue Huéscar, de forma llamativa y digna de elogio, en textos como *Perspectiva y verdad* (1966) o *La innovación metafísica de Ortega* (1982), a saber: exponer, es decir, desplegar, mostrando y actualizando, el sistema metafísico de Ortega, que es lo esencial de su obra, pero que requiere, debido a su complejidad y en ocasiones escaso desarrollo, su más plena «presentación» o «revelación». Y también, en su caso, cumple con su deber como discípulo cuando lleva a cabo una elaboración propia de una cuestión —a su juicio fundamental— que Ortega apunta pero en realidad no trata: el vínculo determinante entre verdad y libertad, entre verdad, entendida como *alétheia*, y «autenticidad», entre *lógos* y *éthos*, es decir, las raíces éticas de la verdad teórica que se encuentran indicadas, pero no expuestas, en la definición orteguiana de verdad como «coincidencia del hombre consigo mismo»⁹. Desplegar este problema es ir más allá de Ortega teniendo como punto de partida, pero no de llegada, su filosofía; es lo que durante tres décadas investigó (sobre todo desde su regreso a España) aunque no logró finalizar, pero de lo que tenemos un texto como *Ethos y logos*; es la «fiel» superación por parte del discípulo de su maestro. La profundización y «revelación» del sistema metafísico de Ortega, una interpretación genuina que pretende recrear, apropiándose, su pensamiento, y la superación del mismo, en el sentido de «ir más allá», es decir, de realizar un desarrollo de una cuestión nuclear que no se encuentra en su sistema filosófico, es algo que el filósofo manchego, a nuestro entender, lograría de un modo satisfactorio.

⁷ El tribunal de la tesis estuvo formado por Luis Gil Fagoaga (presidente), Leopoldo Eulogio Palacios, Ángel González Álvarez, Adolfo Muñoz Alonso y José Luis López Aranguren. Recibió la calificación de «sobresaliente con opción a premio extraordinario». Posteriormente, en 1966, se publicaría su tesis, modificada y ampliada, en la editorial Revista de Occidente, con el título *Perspectiva y verdad. El problema de la verdad en Ortega*.

⁸ Sobre lo que significa para Huéscar salvar a Ortega, cfr. Rodríguez Huéscar, A., *Semblanza de Ortega, op. cit.*, p. 145.

⁹ Cfr. Ortega y Gasset, J., «En torno a Galileo», *OC*, vol. VI, lección 7.

2. *Addenda*: correspondencia entre Huéscar y Ortega

CARTA DE ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR A JOSÉ ORTEGA Y GASSET (sin fecha)¹⁰

Después de una separación e incomunicación tan prolongadas, encuentro, por fin, una ocasión para dirigirme a Vd. por extenso, y son tan encontrados mis sentimientos que no sé por dónde ni cómo empezar a hablarle. Tenga en cuenta que esta carta va escrita ya con la conciencia de su cercanía, incluso física; – ¡está Vd. ya en Portugal!¹¹ solamente, tras años de separación por millas y millas de mar!– y que tiene para mí la significación de verdadero acontecimiento.

Lo primero a que me siento impulsado es a una especie de confesión general; sin embargo, creo que será mejor dejar esto para después, y contarle ahora a grandes rasgos, lo que ha sido de mí durante este tiempo de separación. Creo que comprenderá y disculpará el que le hable casi exclusivamente de mí en esta primera carta; piense que esta tiene la significación entrañable de un áncora de salvación –lo que corre peligro, lo que está a punto de perderse y anhela esa salvación soy yo mismo.

Creo que esta es la primera vez que acudo a Vd. en actitud casi de suplicante; por lo menos, en actitud de desnuda angustia, presentándole abierta mi intimidad personal. En otro tiempo no lo hubiera hecho, por no sé qué extraño pudor que no me permitía salirme de mi papel de «discípulo». Pero ahora es distinto. Han transcurrido años preñados de acontecimientos que han modificado profundamente la posición en el mundo, la vida de cada cual¹². Y después de todo esto sería ridículo que yo intentase ahora reanudar una de aquellas conversaciones de «discípulo»

//

como si no hubiera pasado nada y como si no sintiera la necesidad, la urgencia de otras confidencias más íntimas. No es que no siga sintiéndome el discípulo de antaño –esto es algo definitivamente incorporado a mi vida y de lo que, aunque quisiera, no estaría en mi mano prescindir, y, por otra parte, nunca le he sentido a Vd. como «profesor», sino como lo que ha sido en verdad para nosotros: como maestro en el sentido más noble y amplio de la palabra– pero, en este momento yo quisiera presentarme a Vd. no como tal discípulo, sino como el hombre concreto que soy, y, a la vez, quisiera encontrar en Vd. también al hombre más bien

¹⁰ Transcribimos de un borrador que, según distintos indicios, fue el definitivo y que, una vez pasado a limpio, se convierte en la carta que leyó Ortega. Esta no se conserva en su archivo de la Fundación Ortega-Marañón, aunque sí la segunda carta que transcribimos, contestación a la respuesta que le envió meses después. La fecha de la respuesta de Ortega, Lisboa, 21 de marzo de 1943, y una alusión a que había recibido la carta «en junio» (de 1942), aconsejan fechar la redacción de la misiva en los primeros meses de 1942.

Agradecemos a la familia de Antonio Rodríguez Huéscar –especialmente en la persona de su hija Eva Rodríguez Halfiter– su generosidad por permitirnos publicar las cartas; agradecimiento que hacemos extensivo a los responsables del Archivo de Ortega, de la Fundación Ortega-Marañón, por autorizar la publicación de la carta de Ortega a su discípulo.

La única intervención de los editores en la transposición de los manuscritos ha consistido en modificar la ortografía cuando ha sido a su juicio necesario.

¹¹ Ortega llega a Lisboa, procedente de Buenos Aires, en marzo de 1942. Se instala en un piso de la Avenida 5 d'Outubro, cerca de la Plaza do Rossio. Será su residencia oficial hasta su muerte, a pesar de la frecuentes estancias en España a partir de 1946.

¹² La última vez que pudieron coincidir Huéscar y Ortega, antes de la separación provocada por la Guerra Civil, tuvo que ser en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid hacia junio de 1936.

que al profesor o al maestro¹³. En realidad, no sé con qué derechos me atrevo a esta pretensión, aunque encuentro, por lo menos, dos muy claros: mi propia necesidad de orientación, de dirección, de apoyo moral, por una parte, y, por otra, mi fe inalterable en Vd. Estas dos cosas justifican, al menos ante mí, esta carta.

Si quisiera expresarle con una sola palabra el precipitado vital que han dejado en mí estos años azarosos y terribles, creo que la más adecuada sería esta: descenso. Así es como siento este trozo de mi vida: como un descenso o una depresión. Estos años no han tenido para mí ninguna fecundidad; los siento tan estériles que propendo siempre a pensarlos bajo la imagen de un paréntesis –paréntesis que todavía no se ha cerrado–, imagen que comprendo que no puede ser exacta. Sin duda, cada vida humana, como la de cada planta, exige un

//

clima determinado –clima social o histórico, en este caso–, y mi temple, que no debe ser muy fuerte, acusa el clima de violencia, invariablemente, como un aire catastrófico y letal; en él siento que se paralizan todos los resortes de mi actividad. No sé hasta qué punto soy responsable, culpable, de esta incapacidad de reacción vigorosa. Muchas veces percibo, en efecto, la mordedura de esta culpabilidad. Pero no se trata ahora de esto.

No sé si recibiría Vd. una carta nuestra (de Núñez¹⁴ y mía), poco después de terminar la guerra, ni recuerdo tampoco si en ella le contaba algo de mi vida; creo que no. Durante nuestra guerra, mi suerte no puedo decir que fuera muy mala, puesto que vivo, y esto de vivir era por entonces máxima aspiración de las gentes. Sin embargo, durante aquellos tres años viví casi exclusivamente bajo las sensaciones de un animal perseguido –ni que decir tiene que estudiar no pude, absolutamente nada–, a veces tuve que ocultarme, trampa; fui movilizado en un batallón de trabajadores y herido de bastante gravedad¹⁵; en fin, hubo de pasar por miserias, sobresaltos y conmociones que dejaron mis nervios maltrechos. Yo no fui de los afortunados que encontraron una embajada acogedora o una «protección» oficial o extraoficial en

//

¹³ No puedo dirigirme al maestro porque no he cumplido mis deberes mínimos de discípulo; queda el hombre que soy... [Así en el original, en nota a pie con llamada. Recuérdese que se trata de un borrador. Es lógico suponer que en el original, que no ha aparecido en el archivo de Ortega de la FOGM, habría sido suprimida porque se advierte claramente que se trata de una reflexión dictada por la duda sobre cómo dirigirse al maestro.]

¹⁴ Se trata de Ramón Núñez, otro compañero del grupo que se licenció en 1936, que, por tanto, había iniciado los estudios de Filosofía en el curso 1931-1932, inaugurando el Plan «Morente» para la reforma de los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras. El propio Huéscar lo menciona al evocar su participación en un seminario sobre Descartes: «En un curso-seminario suyo [de Ortega] en la Facultad de Madrid –debió ser en 1934-1935– en el que se trabajó sobre *El discurso del método*, fuimos “capataces” o coordinadores del trabajo de los alumnos, Ramón Núñez –un malogrado condiscípulo– y yo, y a mí me correspondió, además preparar la “Tercera parte” del *Discurso...*», *Semblanza de Ortega*, loc. cit., p. 38. También Julián Marías, en el primer volumen de sus memorias, lo cita al recordar otro curso de Ortega, en lo que resultó ser su último curso universitario: «Ortega organizó un seminario muy restringido, sobre “Estructura de la vida histórica y social”. Asistían tres catedráticos [...] y un pequeño grupo de estudiantes de Filosofía, entre ellos Ramón Núñez y Carlos Sabán (que había de morir pronto), Antonio Rodríguez Huéscar, discípulo inteligente y fidelísimo, Eliseo Ortega [...], Lolita Franco [después esposa de Marías] y yo mismo», *Una vida presente. Memorias I*, Madrid, Alianza Ed., 1988, pp. 171-172. Agradecemos a Jorge Pérez de Tudela la información sobre ambas referencias.

¹⁵ La herida le tuvo inmovilizado hasta el final de la guerra. Sabemos por Manuel Mindán, condiscípulo de Huéscar y amigo de José Gaos, que convalecía en un hospital de Valencia: procedente de París –escribe Mindán– Gaos «volvió a España desilusionado sobre la suerte de la guerra. Su pesimismo sobre la victoria se hizo definitivo en una conversación que tuvo en Valencia con el amigo Antonio Rodríguez Huéscar. Este había sido herido en el frente republicano y fue a convalecer a Valencia. En la visita a Gaos le transmitió su convicción de que la guerra estaba perdida; [...] Esta conversación tenía lugar en la primavera de 1938» («El magisterio de José Gaos en España», *En torno a José Gaos*, Rodríguez de Lecea T. [ed.], Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001, p. 68).

que escudarse y a cuya sombra seguir más o menos tranquilamente sus actividades, sino que tuve que hacer frente al vendaval atenido exclusivamente a mí mismo. La pérdida de estos tres años –de la que yo no obtuve más «enseñanza» que la del horror– comenzó a agigantarse pronto en mí –yo creo que un poco patológicamente– bajo la impresión de algo irreparable. Esta idea fija me ha perjudicado mucho, hasta que mis nervios han comenzado a fortalecerse.

Después de la guerra me encontré frente a la necesidad de ganarme la vida –una vida de día en día más encarecida– dando clases; y esto es lo que he hecho y sigo haciendo. Pero este trabajo es enojoso y no deja suficiente tiempo libre para hacer otras cosas; además, la vida es áspera y difícil; de modo que no he hecho nada de provecho en todo este tiempo. En realidad, mi crisis nerviosa no ha pasado todavía, aunque voy logrando reponerme poco a poco. El curso primero, después de la guerra, lo pasé en Madrid dando clases. Entonces conocí al Sr. Bachiller¹⁶, que me ha animado muchas veces con sus palabras y con su ejemplo magnífico de dinamismo y armonía vital. Después me vine a Tomelloso –un pueblo de mi provincia, muy grande pero extremadamente inculto; una especie de gran colonia de vinateros–, desde donde le escribo; me vine porque está más cerca de mi pueblo que Madrid y me ofrecía más facilidades materiales de vida y, sobre todo, más tiempo libre; también quizá me decidió cierto afán de reposo, de descansar de la vida excesivamente ajetreada de Madrid –múltiples clases en múltiples sitios–, la cual

//

no era lo más adecuado para mi atonía nerviosa. En este pueblo llevo ya dos cursos dando clase en un colegio de 2ª enseñanza. Es cierto que he encontrado algo de lo que buscaba, pero no lo fundamental: tiempo para estudiar. Tengo que explicar aquí toda una serie de disciplinas –todo menos filosofía–, incluso idiomas vivos, francés y alemán, los cuales, sobre todo el último, disto mucho de saber yo mismo; todas estas clases me hacen también derrochar aquí casi todo mi tiempo inútilmente y me fatigan. Además, las pequeñas ventajas materiales conseguidas sobre Madrid son demasiado caras, pues valen el precio de una soledad de desierto. Esta soledad, esta falta de aire intelectual, son aquí absolutos y asfixiantes. Por lo demás, tampoco en otros sitios –incluso Madrid– ocurre algo muy diferente. Desde la guerra hay una dispersión tal de las gentes –dispersión no solo física sino también social– que ni aún los que estábamos más ligados por la comunidad de vocación, edad, dedicación, discipulado, parece que nos conozcamos. Esto me ha hecho reflexionar muchas veces en si aquellas vocaciones –sin excluir la mía– serían auténticas. Concretamente, del grupo de mis compañeros más afines puedo decirle: Sabán¹⁷ murió a poco de terminar la guerra en un accidente de tranvía –quizá lo haya sabido Vd.–; Núñez sigue en Madrid y vive dando clases; de Lissarrague¹⁸ y de Maravall¹⁹ tendrá seguramente noticias directas: los dos están bien co-

¹⁶ Se refiere a Tomás Rodríguez Bachiller, ilustre matemático, que en 1935 obtiene la Cátedra de Análisis Matemático de la Universidad Central de Madrid. Antes de la guerra frecuentó la tertulia de *Revista de Occidente*. Su cercanía al Gobierno de la República hizo que, terminado el conflicto, fuera depurado de su cátedra. Compartió exilio con Rodríguez Huéscar en la Universidad de Puerto Rico, lo que acrecentó la amistad iniciada en la posguerra. Muere en Madrid en 1980. Véase el artículo que Huéscar le dedicó en *El País* algunos meses después de su fallecimiento el 30 de octubre de 1980 en: http://elpais.com/diario/1980/10/30/sociedad/341708403_850215.html. Fecha de consulta: 27/5/2015.

¹⁷ Compañero del citado grupo que se licenció en 1936. Véase la nota 14.

¹⁸ Salvador Lissarrague Nóvoa (Santiago de Compostela, 1910-Madrid, 1967), Catedrático de Filosofía del Derecho y de Filosofía Social. Estudió en Santiago con Recasens Siches, que le animó a que ampliara estudios en Madrid, donde entró en contacto con Ortega. Después de la Guerra Civil ocupó algunos cargos públicos y se le en-

locados en cargos políticos; también sabrá de Marías (pues trata mucho con sus hijos), el único de todos nosotros que ha mantenido su tesón en el trabajo y ha hecho alguna cosa visible. En fin, probablemente, tendrá Vd. noticias de casi todos. El hecho es que

//

cada uno de nosotros nos hemos encerrado en una torre de hosquedad, de silencio, verdaderamente salvajes. Yo no sé quién tiene la culpa de esto; probablemente todos y ninguno. Lo que sí puedo decirle es que a mí me deprime y me amarga este aislamiento. Yo creo que la causa real es que todos estamos dotados de una infinita falta de comprensión hacia los demás. Ahora comprendo que entre nosotros no había ningún vínculo fuerte más que la presencia de Vd. Ausente Vd., el flojo haz se ha dispersado. Yo no sé si cuando Vd. alguna vez nos hablaba de sus esperanzas en nuestra generación, sus palabras respondían realmente a sus pensamientos, o si se trataba solamente de una estratagema pedagógica para infundirnos el aliento de la acción fuerte, la conciencia de la labor seria, fecunda; de cualquier modo, creo que le aguarda a Vd. una nueva amargura porque temo que ni sus mínimas esperanzas se van a ver confirmadas. Por mi parte, me siento completamente indigno de su confianza; ¿qué he hecho para merecerla...? En los demás no veo tampoco nada que merezca su dilección; si acaso, en Marías. (Estas cosas que le estoy diciendo tal vez parezcan impertinencias, tal vez lo sean, pero por esta vez espero que me las perdone Vd.; toda mi carta, como Vd. ve, es más bien expresión de sentimientos que de ideas

//

y esto siempre suele ser un poco impertinente. No obstante, quiero arriesgar este peligro con tal de no dejar de ser sincero.)

¿Ha tenido la culpa la guerra de esta especie de derrumbamiento de nuestra generación? Esto Vd. lo sabrá mucho mejor que yo. Quizá no pueda hablarse todavía de derrumbamiento, quizá no ha ocurrido todavía nada definitivo, pero, indudablemente, aquí ha fallado algo, se ha roto algo fundamental. Esa es, por lo menos, mi impresión. Sin embargo, tengo la esperanza, la seguridad, de que su presencia, el contacto vivo con Vd. podría salvarnos todavía. Confío en que Vd. me comprende bien, a pesar de lo vago e impreciso de mis expresiones.

Volviendo a mí, atravieso ahora una crisis especialmente aguda de perplejidad y hasta de desconfianza en mí mismo. Necesito hacer algo... emprender alguna tarea seria y, por decirlo así, definitiva; para ello necesito su consejo, su palabra de aliento, si es que esta puede Vd. pronunciarla «de verdad». Llego a dudar hasta de si tendré auténtica vocación filosófica, puesto que he llegado a los treinta años sin la fuerza suficiente para sobreponerme a los acontecimientos, vencer su influjo perturbador y practicar, por encima de todo el heroísmo de pensar; me ha faltado pasión, «amor intellectualis»²⁰; se me ha revelado ahora, más dramáticamente que nunca, mi debilidad, mi condición de hombre de encrucijada, indeciso,

//

cuadra entre los llamados «falangistas liberales» que publicaban en la revista *Escorial*. Entre sus obras más destacadas figuran *La teoría del Poder en Francisco de Vitoria* (1948) y la *Introducción a los temas centrales de la Filosofía del Derecho* (1950), entre otras.

¹⁹ Los editores hemos considerado innecesario informar al lector sobre las reseñas biográficas tanto de José Antonio Maravall como de Julián Marías, citado a continuación.

²⁰ Clara alusión al comienzo de las *Meditaciones del Quijote*, donde Ortega menciona el ideal spinoziano como el temple adecuado para la práctica de la filosofía. Describiendo el ánimo que ha presidido la redacción de los ensayos que siguen a la nota prologal, escribe Ortega: «Resucitando el lindo nombre que usó Spinoza, yo le llamaría *amor intellectualis*. Se trata, pues, lector, de unos ensayos de amor intelectual» (OC, I, 747).

que no se entrega con ultimidad a nada. Esta gravísima sospecha es como un veneno para mí. En el fondo, siento la desproporción entre mis aspiraciones y mis capacidades, pero lo malo es que no soy dueño de renunciar a aquellas. Si pudiera hacerlo, me tranquilizaría.

Advertirá Vd. que le hablo casi exclusivamente de lo que quiero, pienso o debo hacer y no de lo que hago, es decir, que le ofrezco a Vd. el triste espectáculo de una vida paralizada (puesto que lo que hago no es lo que creo que debo hacer, es decir, no es el auténtico hacer de mi vida). Sin embargo, esta imagen de la parálisis es demasiado tosca y esquemática, aun para expresar un solo aspecto parcial de mi total crisis interna. Hay otra imagen, otra palabra que toca más en lo vivo de ella: vértigo. Yo no he vivido los acontecimientos de estos años ni como simple espectador, ni tampoco como actor, hablando propiamente. El espectador es el que se coloca frente a ellos, fuera de ellos y trata de pensarlos, de interpretarlos, los hace objeto; el actor es el que se sumerge en ellos y se siente parte activa de su suceder. Mi actitud ha sido más bien la del hombre que se siente conturbado por ellos. Estos años convulsivos han estremecido, sacudido y desquiciado las demasiado tiernas estructuras mentales de que yo disponía para pensar el mundo. Solo el hombre que tenía firmes sus ideas radicales, sus últimos criterios de atenuamiento sobre el mundo y los hombres, ha podido encajar en ellos los nuevos sucesos estupefacientes, desmesurados,

//

esta tempestad histórica que ha irrumpido de pronto en nuestros días. Pero, claro está, que este no era mi caso, que yo no era capaz de esta serena actitud de espectador; yo me vi desde el principio arrastrado en este vulcanismo histórico, girando pasivamente en su torbellino; fue, un poco, la sensación del que el mundo se le hunde, del que ve, como en un terremoto, temblar el suelo bajo sus pies y vacilar, quebrarse y convulsionarse las líneas arquitectónicas de la naturaleza; en suma: vértigo. Pues bien, de esta sensación vertiginosa, no he podido recobrar me todavía (bien es verdad que las convulsiones siguen agitando el mundo). Claro está que no he resbalado por estos años de una manera, por decirlo así, impermeable. Todo lo ocurrido ha ido depositando algo en mi interior —informándome por dentro—; no ideas propiamente, pero sí otros gérmenes vitales que ahora no puedo definir pero que siento como determinantes de una nueva actitud mía total ante el mundo. Pero, en fin, lo que ahora más me interesa de todo esto es lo siguiente: este comportamiento mío, negativo, a lo largo de estos años, ¿no podría considerarse como un criterio de cierta seguridad para juzgar de la autenticidad de mi vocación intelectual? Porque, esto es lo importante: cuando he dejado de ser puro haz de reacciones biológicas defensivas, me he movido más en la órbita de las vivencias estéticas, y aun místicas, a veces —no me refiero aquí a ninguna mística profesional, claro está—, que en la de las puramente intelectuales. Es verdad que esto me ha ocurrido durante estos años en circunstancias anormales, pero ¿hasta qué punto son anormales estas circunstancias? Y, además, dando por sentado que lo sean, ¿puede esta sola anomalía explicar una tan larga laxitud de la actividad intelectual?

//

Al llegar aquí, releo y me doy cuenta de la pura inconexión que es esta carta. Decididamente, no estoy en disposición de expresar adecuadamente mi intimidad. Veo que no voy diciendo lo que quería decir y casi me siento tentado de romper estas cuartillas y empezar de nuevo. Pero quizá sea mejor enviárselas como van saliendo de primera intención, sin retoques. Sí; creo que es preferible, porque de este modo, Vd. podrá leer entre líneas y aun por detrás de estas vagas líneas, mi verdadero pensamiento, el cual tal vez quedase más desfigurado todavía tras un nuevo esfuerzo de expresión. En realidad, una carta no es un ensayo li-

terario y, especialmente esta, es mi intención que no lo sea de ningún modo. Allá va, pues, tal y como está escrita, con toda su imprecisión e incoherencia. Sobran en ellas muchas palabras. Tal vez habría bastado con decirle: «D. José, estamos –estoy, concretamente– desorientados, desquiciados y dispersos y sentimos su ausencia como un hueco, como uno de esos huecos de la vida que se llaman necesidades. Le necesitamos y vivimos de la esperanza de volverle a tener cerca –con todo lo que implica este hecho de su cercanía».

*

Ahora, concretamente, quisiera consultarle una cosa. Hace tiempo que vengo pensando en la tesis, pero enseguida me desaliento por falta de tiempo y de libros. (No le he dicho todavía que mi casa fue destruida y saqueada completamente, sin que haya podido salvar un solo libro, ni un solo apunte, ni una sola nota. Los apuntes de seis años de clase, perdidos sin haber llegado a estudiarlos. Figúrese Vd. si esto me habrá deprimido, desalentado. Aun ahora mismo continúo bajo la penosa impresión de esta pérdida.) Quizá le extrañe a Vd. el que no tenga todavía ningún proyecto concreto sobre la tesis, pero esta es la verdad. Tal vez sea esto debido a que me he acostumbrado a pensar la tesis doctoral como algo distinto de lo que suele ser en España, a saber: algo formulario, muerto y, generalmente, desvinculado del auténtico interés del doctorando. Yo nunca acabo de explicarme bien por qué un licenciado español puede hacer su tesis sobre Hegel, Husserl o el P. Gratry²¹ y no sobre su filosofía (la de Vd.). Esto se me antoja casi una ridiculez, o... tal vez algo peor... (no el que se hagan aquellas tesis sino el que se considere vetado de hacer esta). Es posible que sea hasta indelicado el que yo le hable a Vd. en estos términos, pero es que, en realidad, esto es lo que me ofrece a mí un interés más vivo. ¿Qué importa que no haya hecho Vd. todavía su «gran exposición sistemática»²²? Esta objeción estaría bien en boca de un periodista cualquiera, pero no creo que pueda ser hecha seriamente por ningún verdadero estudioso de la filosofía. En fin, esto es lo que yo pienso, pero me someto, desde luego, al juicio de Vd. Fuera de esta ideas, indíqueme Vd. cualquier tema, pues todos me vendrán bien; aunque deba avergonzarme de ello, le confieso que no siento especial predilección por ninguno, o, si Vd. quiere, que todos me parecen igualmente dignos y sugestivos.

Y voy a poner punto final, pidiéndole tres cosas: que me perdone esta carta desarbolada; que me envíe unas líneas de orientación y consejo, y que, si le es posible, me mande también con D. Tomás un ejemplar de «Ideas y creencias»²³, dedicado (el ejemplar de «España invertebrada» que me dedicó, desapareció con todos mis libros).

²¹ Alusión apenas velada a la tesis doctoral que presentó Julián Marías en la Universidad Central sobre el padre Auguste Gratry (1805-1872) en el curso 1941-1942, bajo dirección de Zubiri y que fue suspendida. Más tarde Marías la publicaría bajo el título *La filosofía del P. Gratry*.

²² Huéscar se hace eco de la campaña contra Ortega que la jerarquía católica había comenzado incluso antes de la guerra. El ataque se dirigía a la forma «literaria» de su filosofía, y a que, por tanto, carecía de «sistema». En 1941 había aparecido uno de los primeros ataques contra nuestro filósofo, en una serie de entregas publicadas por el padre Iriarte en la revista *Razón y Fe*, recogidas al año siguiente en el libro *Ortega y Gasset. Su persona y su doctrina*. El historiador de la filosofía española Gerardo Bolado resume así el tenor general de las críticas: «La revista *Razón y Fe* de los jesuitas participó en esta persecución de los intelectuales, en especial, en la que tuvo por objeto la figura y la obra de Ortega y Gasset. El colaborador de esta revista, que protagonizó esos ataques, fue el padre Joaquín Iriarte. Este jesuita tenía una imagen muy negativa del intelectual, al que consideraba un escritor superficial y fatuo, en busca de la celebridad para ejercer su nefasta influencia social; en realidad, es un ser materialista y mundano, que pretende usurpar el poder espiritual de los clérigos». «Notas sobre la polémica recepción de Ortega en la España nacional-católica (1939-1961)», en *VI Boletín de estudios de filosofía y cultura Manuel Mindán*, p. 137: <http://www.fundacionmindanmanero.org/images/boletinvi/boletin-vi-9.pdf>.

²³ La primera edición de *Ideas y creencias* apareció en Buenos Aires, en 1941, y por tanto, Huéscar no podía tener fácil el acceso a ella.

CARTA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET A ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR

Lisboa, 21 de marzo, 1943

Muy querido Huéscar:

Me ha fastidiado mucho no poder contestar enseguida su carta, tan llena de alma y tan injustificadamente triste –pero cuando me llegó estaba yo malo y cuando dejé de estar malo tuve que ponerme a terminar atropelladamente un trabajo tiempo atrás comprometido y siempre demorado. Mis males no eran peores pero se padecen aquí unos resfríos de los senos frontales que no acaban nunca y estorban todo alerta mental. Y aquí tiene usted ya, en formato mínimo, un ejemplo de lo que es normal en estos tiempos de radical anormalidad: que todo, aun lo trivial y minúsculo, reclama para su realización tardanzas grotescas. Yo quería escribirle enseguida y la economía de mi vida, difícil como las demás en todos los órdenes, no me lo ha conseguido hasta hoy. Pero note que esto tiene su reverso, a saber: que constituye una nueva normalidad dentro de lo anormal. Y ello nos ofrece automáticamente una saludable receta: la de fabricarnos con la magnitud de cuanto nos rodea una calma abriéndonos a esas extrañas normalidades en vez de ver

//

solo lo anormal del presente. Va esto como fulminante respuesta a lo más importante de su carta. Todo lo que usted enumera en su carta como hechos negativos son, con estas o las otras variantes, comunes a innumerables criaturas de hoy. Lo cual no les quita un ápice de enojosidad, pero sí de... anormalidad y, por tanto, de negatividad absoluta. Por ejemplo, suponer usted que no tiene uno ni vocación ni temperatura de alma porque no ha reaccionado sino con desánimo, estupefacción y retraimiento me parece un completo error. Esa reacción es la natural. No preciso más porque no es modo el epistolar muy adecuado para ciertas exactitudes.

La misma desaparición de sus libros, apuntes, enseres con ser, en efecto, una pérdida no lo es, ni mucho menos, irreparable. Pero sobre todo protesto de que imagine haber perdido el tiempo. A la edad de usted es metafísicamente imposible «haber perdido el tiempo» por la sencilla razón de que se tiene por delante tiempo sobrado para fertilizar y aprovechar ese que aparentemente se perdió. No hay un canon que permita sentenciar como perdido ningún tiempo vivido. El que resulte de verdad perdido depende no de él sino de si en tiempos ulteriores se acierta a explotar aquel. Ciertamente, en estos años habrá usted leído, escrito y pensado poco, menos que si hubiesen sido sazones consuetudinarias pero es un falso «canon del tiempo» creer

//

que solo es ganado el que se emplea en los susodichos menesteres. Cuando se es capaz de escribir una carta como la que me ha escrito usted, no es lícito hablar de que se ha dilapidado el tiempo.

Incluso lo más material del desarreglo, la titilación nerviosa, espero que no sea duradero y que día por día, vaya desapareciendo.

Lo que importa es, repito, construirse una normalidad en el elemento fluctuante que es esta hora. Para ello hay que empezar por organizarnos un respiro económico, quiero decir, un trabajo que permita existir y no absorba demasiado nuestro día. Sobre este punto quisiera que me diese usted noticias más minuciosas, sobre todo, en punto a perspectivas o posibili-

dades que tenga usted a la vista. (Por cierto, ¿de qué idiomas puede usted traducir?)

Su carta es de junio –por supuesto, yo no la he recibido hasta hace un par de meses–. Y está escrita en Tomelloso. Pero supongo que usted vive, fuera del verano, en Madrid y que allí se afana usted por la vida.

El otro punto urgente es reconstituir un mínimo

//

mundo de relaciones. En todas partes hoy –no solo en España sino en toda Europa, no solo en Europa sino en toda América– se ha producido el extraño fenómeno de la dispersión de las amistades. Pero ya va siendo hora de rehacer la convivencia, comenzando, claro está, por muy pocas. El atropellamiento del quehacer diario hoy tan aumentado, las dificultades de locomoción son, en buena dosis, causa de que no se pueda pretender un régimen de convivencia como el antiguo. Pero tampoco hace falta. Basta, por ahora, con corregir el excesivo aislamiento. No veo bien por qué no se juntan de vez en cuando algunos de los viejos amigos. Vea usted a Salvador Lissarrague, a Marias, a Maravall, a Núñez (de este es de quien sé menos). Podían ustedes escoger un día a la semana para reunirse en la «Revista»²⁴ con mis hijos. Eso daría lugar a que hablasen ustedes sobre los temas que ha llegado ya el momento de ir digiriendo.

Sobre reanudación de su trabajo íntimo importa mucho que departamos. Pero necesito un punto de partida y este puede ser que me dé a conocer el asunto a que se le iba el gusto para la tesis doctoral. Lo de menos es que sirva o no para este fin: lo de más, que me oriente un poco sobre sus presentes apetitos. Escribame, pues, sin preocupación y con abundancia.

¡Ánimo y un abrazo! Ortega

CARTA DE ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR A JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Tomelloso, 24 de abril: 1943

Querido don José:

Hace unos doce días que recibí su carta, la cual no sé cómo agradecerle, puesto que su simple y primera lectura me bastó ya para sentirme tonificado y optimista. He esperado el ir a Madrid para contestarle –no vivo en Madrid, como usted supone, sino en Tomelloso– por si allí podía recoger alguna impresión o sugestión de interés. En Madrid he visto a su hijo José en la «Revista», donde estuve con el señor Bachiller, Lissarrague, Núñez y otro muchacho, muy joven, al que he conocido después de la guerra y que es gran admirador suyo y siente vivísimos deseos de conocerle. Este muchacho se llama Ramón Crespo –es maestro, se ocupa ahora de matemáticas, dirigido y protegido por D. Tomás R. Bachiller, pero siente grandes apetencias filosóficas y, sobre todo, es persona de alma limpiísima, y, según creo, capaz de trabajo intelectual serio.

Núñez da clases en Madrid –en colegios y particulares– y de eso vive, al parecer, con cierta estrechez. Quedó encargado, a propuesta de su hijo, de preparar uno de los «textos

²⁴ Ortega se refiere a la editorial Revista de Occidente que había vuelto a publicar a principios de los años cuarenta bajo la dirección de José Ortega Spottorno. La revista no se podría editar hasta 1962, siendo su primer secretario de redacción Paulino Garagorri.

anotados» que ha comenzado a publicar la «Revista», quizá un texto de Dilthey.

Lissarrague insistió mucho en la conveniencia

//

de que viniese Vd. a España –es una vieja idea suya–. Por supuesto, nada nos alegraría más a todos, pero sus razones, por otro lado, no me parecen suficientes. Creo que su visión de la situación adolece de parcialidad, parcialidad, por lo demás, natural y justificada en él. Este fue el objeto de casi toda la conversación que sostuvimos.

Voy a referirme ahora a su carta, sobre la cual debo comenzar por decirle que me colmó de alegría y esperanza, con lo cual creo que ha cumplido plenamente su finalidad primordial.

Es muy generoso por su parte –y de todo corazón le quedo agradecido por ello– el tratar de ahuyentar de mi mente la penosa preocupación del tiempo perdido, y no solo es generoso, sino que además es verdad lo que usted me dice sobre los «falsos cánones del tiempo». No obstante, no puedo eliminar un último residuo de duda sobre que esta verdad general sea aplicable a mi caso particular y concreto. Tenga en cuenta que el marasmo intelectual en que he vivido estos años azarosos es más grave y completo de lo que usted quizá imagina. No es que en ellos haya «leído, pensado y escrito poco, menos que si hubiesen sido razones consuetudinarias», sino que lo he hecho en proporciones tan mínimas que casi pueden considerarse como nulas. Y en cuanto a mis posibilidades de «fertilizar y

//

aprovechar» ahora y en el futuro «ese tiempo que aparentemente se perdió», también me cabe algún escepticismo, ya que mis experiencias, mis vivencias, de ese tiempo tienen poco de aprovechable, puesto que son, en cuanto puedo recordar, muy desproporcionadas a la realidad histórica que estos años han sido; son, un poco, vivencias patológicas, a causa de mi desarreglo nervioso; de ahí que sienta este trozo de mi vida más bien como un vacío. Y ¿cómo será posible aprovechar el vacío, fertilizar el desierto, como si dijéramos? De todos modos, mi actitud es, después de recibida su carta, mucho más optimista que antes.

Sobre la necesidad de crearse «una calma» dentro de la inquietud de la hora, veo con toda claridad que, en efecto, no hay otro medio de hacer nada de provecho. Pero para ello «hay que empezar –como usted muy bien dice– por organizarse un respiro económico, un trabajo que permita existir y no absorba demasiado nuestro día». Y esto es lo difícil, poder compaginar estas dos cosas. Sobre este punto, antes de generalizar, convendrá que le refiera mi propia experiencia. El primer curso, después de la guerra, me fui a Madrid con muy buenas intenciones, pero pronto hube de chocar con la realidad. Para obtener menos de lo que necesitaba para subsistir estrictamente tuve que entregarme a un trabajo desatentado²⁵ de clases absurdas que me ocupaba todo el día, fatigándome además. Así pasé todo el curso. Cansado de esta vida, y no vislumbrando ninguna perspectiva de mejoramiento, acepté venirme a Tomelloso, donde me ofrecían 8.500 pesetas

//

por cuatro horas diarias de clases. Pensé que, en principio, había resuelto el problema del «tiempo libre». Después, sobre el terreno, pude comprobar que esas cuatro horas, por la índole de las clases, llevaban anejas otras tareas y obligaciones que casi las duplicaban. A esto hay que añadir un complejo concurso de circunstancias que sería ahora largo y enojoso analizar, pero que, en una palabra, ha hecho que mi tiempo de Tomelloso sea tan estéril como

²⁵ Aunque se trate de un vocablo en desuso, la Academia lo recoge con el significado de «excesivo, desordenado; «que obra fuera de razón, sin tino ni concierto».

el de Madrid. Llevo ya tres cursos en Tomelloso –yo me vine con intención de estar solo uno, para probar; pero después he sido víctima de una especie de ley de inercia acentuada por el aumento de mi familia y el gasto que supone ahora un traslado sin perspectivas económicas fijas, o, mejor dicho, con perspectivas sumamente problemáticas e inseguras–; en estos tres cursos no he conseguido más que un pequeño mejoramiento material de mi vida; en este último en que aún estamos, mi trabajo sigue siendo el mismo y mi sueldo ha aumentado en unas cinco mil pesetas. Este mejoramiento material no compensa, ni con mucho, del aislamiento casi absoluto en que aquí se vive ni del ambiente extremadamente grosero y cerril que hay que respirar. Mi capacidad de resistencia creo que ha llegado al límite y estoy dispuesto a hacer todo lo posible por volverme a Madrid el curso próximo²⁶. No soy optimista, después de mis experiencias y las de otros amigos y compañeros, respecto a las posibilidades de vida que en Madrid pueda encontrar, pero, con tal que pueda resolver las bases mínimas de la subsistencia, estoy dispuesto a marcharme a todo evento.

Me he extendido tanto contándole estos detalles

//

porque usted así me lo pide en su carta, aunque temo resultarle pesado.

«El otro punto urgente –me dice usted– es reconstituir un mínimo mundo de relaciones». Claro está que esto no es posible más que viviendo en Madrid o pudiendo ir allí con mucha frecuencia. En cuanto esté allí intentaré hacerlo y trataré de que, en efecto, podamos reunirnos regularmente un grupo escogido de amigos.

Por último, voy a contestarle a la cuestión más importante para mí de cuantas me plantea en su carta, a saber: la reanudación de mi trabajo personal y mis preferencias para la tesis doctoral²⁷. Después de meditarlo mucho he llegado a una conclusión sobre este asunto y es que no me siento particularmente atraído por ninguna figura de la historia de la filosofía y, en cambio, si se me aparece como urgente la necesidad de ahondar sobre su propia filosofía. Este carácter de urgencia procede del hecho de no poder ponerme a meditar sobre ningún problema filosófico sin que al poco tiempo me encuentre con ideas a las que me parece haber llegado por mí mismo y que, sin embargo, pronto advierto que no son mías sino de usted. Es algo, por consiguiente, de vital importancia para mí el tratar, de una manera seria y definitiva, de ponerme en claro con su pensamiento, tanto más cuanto que estoy casi seguro de que la meditación, el estudio a fondo de su filosofía es algo que yo no he hecho todavía y que, en general, está por hacer. Si a esto añade usted

//

que no me limite tiempo para esta tarea y que estoy persuadido de que ella me ha de obligar a estudiar toda la historia de la filosofía, tendrá un resumen esquemático de mis motivos. En este proyecto mío no se trata tanto, por lo pronto, de dar al público una exposición de su filosofía como de llevar a cabo una labor que considero primordialmente como valiosa y hasta inexcusable para mí mismo, para mi propia formación. Si después este trabajo resultara interesante desde otros puntos de vista, tanto mejor. De antemano veo algunas posibles objeciones a este proyecto. En primer lugar, que tal vez no valga para una tesis doctoral un trabajo de esta índole. Esto se me aparece más bien como una sospecha, pues, en el fondo, no

²⁶ Huéscar consiguió regresar a Madrid en el curso 1945-1946, contratado como profesor de Filosofía del Colegio Estudio, que dirigía Jimena Menéndez Pidal.

²⁷ Huéscar defendería su tesis doctoral, titulada finalmente *Perspectiva y verdad* y dirigida formalmente por José L. López Aranguren, en la Universidad Complutense de Madrid.

veo ninguna razón decisiva para pensarlo así. Por otra parte, puede objetarse que el mejor expositor de su filosofía es usted mismo y que, por lo tanto, mi propósito encierra una pretensión desmedida e inútil. Esta segunda objeción no lo es si se tiene en cuenta que esto mismo ha ocurrido con todos los filósofos del mundo, y, sin embargo, nunca ha dejado de ser necesario el estudiarlos y el exponerlos, y aun el juzgarlos. Con mucha mayor razón, en las circunstancias especiales que rodean nuestro caso, sobre todo, la de ser usted mi maestro. Todavía se me ocurren otras posibles objeciones, de las que no hablo por no ser demasiado prolijo y porque todas ellas

//

vienen a deshacerse contra el hecho original que me mueve, y es que veo esta labor como la más auténtica a que hoy puedo entregarme, como aquello a que me siento llamado con más fuerza y como la base previa para mi ulterior vida intelectual.

Naturalmente, más que para nada necesitaré para esto de su orientación y dirección, las cuales desde ahora mismo le pido, si es que aprueba usted que encauce la reanudación de mis actividades intelectuales inmediatas en este sentido.

En breve resumen, esto es lo que puedo contestar a la pregunta que me hacía en su carta sobre tal punto. Creo que usted suplirá y completará con facilidad lo que no va dicho pero sí presupuesto o implicado en mis razones.

Me preguntaba usted también de qué idiomas puedo traducir. Puedo hacerlo del francés y del alemán. Nunca he traducido un libro –para su publicación, se entiende– pero creo que las dificultades que al principio se me habrían de ofrecer –sobre todo en el alemán– podría superarlas y hacerlas desaparecer progresivamente con el ejercicio mismo.

Ya sé que está en vías de fundar –o tal vez ha fundado ya– una nueva

//

editorial, filial de la «Rev[ista] de Occ[idente]», en Lisboa. Su hijo me dijo que había pensado nombrarla «Azar»²⁸. Deseo que este signo tornadizo del azar traiga fortuna y prosperidad a su nueva fundación (¡con cuanta frecuencia –y melancolía– recuerdo ahora su videte artículo «El intelectual y el otro»²⁹!).

Espero con impaciencia su respuesta, que tiene para mí el excepcional interés que fácilmente supondrá.

Y termino, porque temo haber abusado ya de su generosa invitación a escribirle «con abundancia y sin preocupaciones».

Devotamente suyo,
Antonio R Huéscar

²⁸ Se trata de un proyecto muy querido por Ortega, que ya había intentado poner en marcha en Argentina pero que se torció por diversos motivos, entre otros por falta de financiación.

²⁹ Último artículo que publicó Ortega en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 29 de diciembre de 1940. Se incorporó más tarde a *Esquema de la crisis y otros ensayos*, Madrid, Revista de Occidente, 1942, pp. 141-156. Cfr. OC, V, pp. 623-630.